

5 de septiembre de 2021 -- 23° domingo "B"

Is 35:4-7a; St 2:1-5; Mc 7:31-37

### Homilía

Los Evangelios rara vez nos muestran a Jesús fuera del territorio de Israel. En el pasaje inmediatamente anterior al que acabamos de leer, en el Evangelio de Marcos, Jesús había ido a la región de Tiro, al norte del lago de Galilea. Era una región fronteriza, con una población mixta, en su mayoría de religión pagana. Allí había curado a la hija de la mujer sirofenicia. Y al principio del texto de hoy, le vemos salir de Tiro, pasar por Sidón, hacia el lago de Galilea e ir directamente a tierra pagana, a la federación de diez ciudades llamada la Decápolis.

¿Qué hace Jesús en tierra pagana, es decir, no judía? No predica. No intenta convertir a los habitantes al judaísmo. Ni siquiera les habla del Reino, como a los Judíos. Más bien, trae el Reino. Simplemente hace una curación. Y este relato es una introducción a la historia de la segunda multiplicación de los panes.

Este relato de curación, que es exclusivo de Marcos, está lleno de detalles simbólicos. Se dice que el enfermo es sordo y mudo. El adjetivo griego (mogilalon), que aquí se traduce como "mudo", y que significa más bien alguien que habla con dificultad, no existe en el griego clásico y sólo se encuentra una vez en el Nuevo Testamento y otra en el Antiguo Testamento, precisamente en la profecía de Isaías que tuvimos como primera lectura. El texto de Marcos se refiere así explícitamente a la profecía de Isaías: Los ojos de los ciegos serán abiertos, los sordos oirán y la boca de los duros de oído gritará de alegría.

Isaías es el profeta del consuelo. El pueblo seguía aplastado por el dolor del exilio babilónico y necesitaba un mensaje de ánimo y esperanza, que Isaías les da. Isaías evoca el recuerdo de la tierra de Palestina que les espera después del exilio: una tierra fértil y espaciosa, con sus riquezas naturales, sus manantiales y arroyos, un verdadero paraíso terrenal. Es en esta misma tierra donde se encuentra Jesús en el relato de Marcos.

Le traen un sordomudo. En la mente de Marcos, esto bien podría representar a los discípulos que, en el texto anterior (=el Evangelio del domingo pasado), no habían entendido la enseñanza de Jesús (sobre lo que sale del corazón del hombre), y por lo tanto no

podían todavía transmitir el mensaje de Jesús correctamente. Este enfermo es traído a Jesús; no viene por voluntad propia, y no se dice quién lo trae. Se le ruega a Jesús (no simplemente "se le pide", sino que se le "ruega"), no para que lo cure, sino para que le imponga las manos y así le transmita su fuerza vital.

Jesús levanta los ojos al cielo en un gesto de oración a su padre, suspirando, lo que subraya la importancia del momento, y probablemente expresa su tristeza por la lentitud de sus discípulos para comprender. Después de tocar los oídos y la lengua del enfermo, le dice: "Abre". La palabra "effata" es una palabra aramea, un imperativo en segunda persona del singular. Jesús no dice a los oídos y a la lengua "abrid". Le dice al enfermo, a la persona: "abre". Cuando la persona se abre a la gracia y a la persona de Jesús, puede hablar y escuchar. Se libera de sus obstáculos.

Volvamos al contexto en el que Jesús realiza este milagro. Esta es una de las pocas veces que entra en tierra gentil. No hablará a estos no judíos utilizando el lenguaje de los profetas de Israel. Evidentemente, no tratará de convertirlos en judíos. Los evangelizará, no dándoles un contenido intelectual, hablándoles de la salvación, sino simplemente obrando la salvación en medio de ellos, llevándoles esa salvación en forma de curación.

Hoy en día, en algunos países no es posible anunciar el Evangelio con palabras, ya que el llamado "proselitismo" está prohibido. En Argelia, por ejemplo. En estos países, pequeñas comunidades de cristianos evangelizan simplemente viviendo la caridad entre la gente. Como hicieron nuestros hermanos de Tibhirine, con un resultado tan evidente como sorprendente.

Incluso nuestras sociedades europeas, que desde el punto de vista material son tierras fértiles como la Decápolis de la época de Jesús, han perdido en gran medida el contacto con las expresiones orales del mensaje cristiano. Sin duda, algunos de nosotros estamos llamados a predicar este mensaje con palabras. Pero esto no es posible en todas partes ni siempre. Lo que siempre es posible, para todos nosotros y en todo momento, es vivir el reino, encarnar el amor cristiano en gestos de caridad y comunión como los de Jesús tocando los oídos de los sordos con sus dedos y tocando su lengua con su saliva.

El Reino de Dios está en los gestos antes que en las palabras.

Armand VEILLEUX